

## *Pueblo maldito*

—Voy a buscar agua —dijo Sandra a su marido.

—Acompaña a tu madre —ordenó Paul a la pequeña Samanta.

Mientras su madre sacaba agua de la fuente, su hija se distraía jugando con los patos y gallinas de la pequeña granja.

Un extraño sonido llamó la atención de Sandra; cuando levantó la cabeza para ver de qué se trataba, vio una nube de curiosa forma que giraba cada vez más rápido, para terminar, formando un negro remolino que bajó abruptamente hacia donde se encontraba ella y su hija.

— ¡Corre a la casa! —gritó Sandra a la niña en medio del rugido ensordecedor producido por la trompa de viento.

Con las tablas de la casa amenazando con salir volando de un momento a otro, Paul salió a buscar a su esposa e hija. El viento golpeaba fuerte su rostro y en un esfuerzo supremo, logró llegar hasta donde la niña lloraba; con todas sus fuerzas la abrazó y avanzó lentamente luchando contra la mortal corriente. Tomando como pudo una soga, amarró a su hija por la cintura a un árbol, una vez que se convenció de que estaba segura, se dirigió hacia su esposa, que intentaba avanzar hacia la casa. Cuando ya estaba por alcanzarla, el viento lo lanzó al suelo, alejándolo de ella.

El remolino de viento cayó sobre Sandra ante la impotencia de Paul, que sin poder hacer nada por salvarla, vio como era levantada y giraba como una simple hoja sin control. Ahogado su grito y ahogados sus pulmones por el bramido del tornado, ella desapareció ante la mirada incrédula y espantada de su marido.

Tan rápido como había aparecido, el asesino de viento desapareció, dando paso a un cielo totalmente azul, libre de nubes y con el sol brillando con fuerza.

—Vamos, entremos a la casa —dijo Paul a su hija.

— ¿Y mi mamá? —preguntó la niña.

—Se ha ido a reunir con nuestro Señor Dios —respondió cabizbajo él, pero manteniendo la calma por su hija.

Paul sacó un cucharón para alimentar a su hija con leche recién ordeñada, cuando sintió el olor picante de ella totalmente agria.

—La leche se ha descompuesto —observó él en voz baja.

Partió un pedazo de pan, pero lo arrojó inmediatamente al suelo al ver que hervía en gusanos por dentro.

Con un negro pensamiento tomó su sombrero y junto a su niña fue al establo y ató el caballo a la carreta y se dirigió al pueblo para contar el trágico deceso de su esposa, al ya viejo párroco del pueblo.

—Paul, tanto gusto —saludó el anciano Reverendo Martin al verlo entrar junto a la niña a la parroquia.

—Necesito hablar urgente con usted —dijo Paul.

—Tú dirás —respondió el sacerdote apoyándose en su bastón.

—Se trata de mi esposa —contó Paul—. Acaba de fallecer.

—Dios la guarde en su Santo Reino —comentó el párroco—. Siéntate y cuéntame cómo ocurrió —pidió a su interlocutor viendo su abatido rostro.

—Fue un acto demoniaco —afirmó Paul en voz baja.

— ¿Por qué piensas eso? —preguntó el Reverendo Martin.

—Porque se la llevó un remolino gigante de viento —contestó Paul—. Además, la leche fresca se agrió y el pan se agusanó.

—Eso no necesariamente indica una intervención satánica —reflexionó el sacerdote—. Además, ya se acerca la temporada de los remolinos.

—Lo sé, pero este comenzó sin previo aviso y en cuanto se llevó a mi Sandra se desvaneció —objetó Paul.

—Realmente es curioso y lamentable, pero debemos confiar en nuestro Señor Dios que nos mantenga a salvo de las intervenciones satánicas —concluyó el párroco.

— ¿Y qué hay de la leche y el pan? —preguntó Paul.

—Puede ser coincidencia —insistió el reverendo— nuestro Padre Celestial cuida de su rebaño.

—Supongo que tiene razón, Padre Martin —aceptó Paul.

—Quiero que hoy te quedes conmigo —pidió el párroco—. Esta tarde haremos una misa por el eterno descanso del alma de Sandra, en los brazos de Dios.

—Gracias, Padre —aceptó Paul.

...

— ¡Perfecto! —exclamó Roberto en medio del bosque, al tocar el filo de su hacha—. Creo que esta será una buena mañana.

Cada golpe con el hacha que daba el fornido y alto leñador, arrancaba grandes trozos de madera que volaban por el aire. Al cabo de dos horas de trabajar sin parar y cubierto de sudor que brillaba con los rayos del sol, Roberto tenía llena su carreta con la leña que vendería en el pueblo.

—Ya es hora de volver —se dijo a sí mismo subiendo en la carreta—. Mañana será otro día.

El rudo muchacho solo sintió como una mano invisible lo sacaba de la carreta y lo lanzaba contra los árboles una y otra vez.

Doris, la novia de Roberto sintió un sobresalto y se le cayeron los utensilios de cocina que llevaba en sus manos.

— ¿Qué ocurre, hija? —preguntó su madre—. Te has puesto pálida como la luna.

—Sentí que un ángel me tocó y vi el rostro de Roberto —explicó la muchacha—. Creo que le ha pasado algo malo.

—Puede que solo sea tu imaginación, hija —agregó su padre.

—No, padre —contestó Doris—. Estoy segura de que algo malo le pasó a Roberto.

—Él es un buen cristiano y Dios siempre lo cuidará —agregó su madre para calmarla.

Como en el pueblo no vieron a Roberto esa tarde, ni tampoco el día siguiente, unos amigos suyos decidieron ir hasta su casa por si estuviese enfermo. La cabaña del leñador estaba vacía y no había señas de él, así es que entre todos salieron a buscarlo al bosque.

Después de varias horas de infructuosa búsqueda los perros al fin parecieron encontrar un rastro y emprendieron la carrera.

—En el nombre del Cielo, ¿qué ha ocurrido aquí? —preguntó uno.

— ¿Pero quién pudo cometer semejante barbaridad? —preguntó otro.

En lo alto colgaba el cuerpo de Roberto. Pero eso no era lo peor; completamente desnudo, alguien le había arrancado toda la piel y lo había dejado formando una cruz invertida, con los brazos abiertos y la cabeza hacia abajo.

— ¡Por Dios Santo!, ¿quién podría hacer algo así? —dijo un hombre ayudando a otro a bajar el cadáver.

—Tal vez el Párroco Martin sepa algo de eso o conozca alguna explicación de qué está pasando —opinó otro.

...

El sol estaba despuntando cuando Roland se disponía a comenzar una nueva jornada de trabajo, al igual que todos los días. Él siempre decía que al que madruga Dios le ayuda y sus muchas gallinas, cabras y vacas eran prueba de ello. Pero grande fue su sorpresa al llamar a su perro; esta vez, el joven pastor alemán no llegó corriendo como siempre al llamado de su amo.

— ¿Dónde se habrá metido este animal? —se preguntó el granjero—. Bueno, empezaré sin él.

Con un saco de maíz se dirigió al gallinero. Confusión y sorpresa lo dejaron atónito, al ver que todas las gallinas yacían muertas en sus nidos.

— ¿Pero qué pasó? —se preguntó llevándose una mano al mentón.

No habiendo sangre ni desorden, descartó la acción de algún animal. Movidio por una creciente preocupación comenzó a buscar sus cabras. El desazón iba en aumento al ver los cuerpos de los animales tirados sin vida por todos lados. Su garganta apretada y la frente mojada de transpiración, eran las respuestas apropiadas, al ver que las vacas también yacían sin vida.

—Sansón —llamó Roland al perro—. Ven amigo.

Pero ni siquiera un ladrido llegó a sus oídos. Lo buscó por todas partes y detrás de la cabaña lo encontró echado, como si solo durmiera, pero no era así; era un sueño más profundo del cual esta vez no despertaría.

En silencio fue a buscar una pala e hizo un profundo hoyo lejos de la casa, junto a un gran árbol, donde depositó el cadáver del perro. Con dos palos atados, Roland marcó la tumba de su compañero de trabajo con una cruz.

Después de lavar sus manos con abundante aguardiente, Roland se dirigió a la cabaña para contar lo ocurrido a su esposa.

— ¿Tan pronto te dio hambre? —preguntó ella hirviendo una olla de leche.

Roland se sentó en silencio con una mano en el mentón, tratando de encontrar una explicación.

— ¿Qué ocurre? —preguntó su mujer al ver su cara de preocupación.

—Los animales están muertos —respondió él con expresión de incredulidad—. Están todos muertos.

— ¿Pero cómo ocurrió? —preguntó sorprendida ella.

—No lo sé. Ocurrió en la noche —dijo Roland—. Es como si la muerte se hubiese posado sobre ellos.

— ¿Fue algún lobo u otro animal? —quiso saber la mujer.

—No, no hay ningún signo de violencia —explicó Roland a su esposa—. Fue como si durante la noche la muerte hubiese venido y los tocase.

La mujer se persignó al escuchar a su marido, sintiendo un miedo supersticioso.

— ¿De qué vamos a vivir? —preguntó preocupada, mirando a sus dos hijos que aún dormían en sus camas.

—Mientras tenga manos no nos faltará el pan —respondió él—. Dios sabrá proveer si ve que le ofrezco mi trabajo.

—Amen, esposo —asintió la mujer.

—Debo informar de esto al Párroco Martin —decidió Roland—. Debe saber lo que está ocurriendo y aprovecharé de pedir ayuda a nuestros vecinos para quemar los cadáveres.

Después de un rato, Roland llegó con paso rápido a la capilla, donde encontró el reverendo rezando de rodillas frente a la cruz. Respetuoso, el granjero esperó a que el sacerdote terminara, para poder relatarle lo acontecido con sus animales.

—Roland, ¿qué ocurre? —preguntó el párroco al verlo parado en silencio.

—Necesito hablar de algo serio con usted, Padre —contestó el granjero.

—Tú dirás, hijo —respondió el sacerdote sentándose en uno de los bancos.

Roland miró para todos lados, para cerciorarse de que la pequeña capilla estuviese vacía.

—Se trata de mis animales, Padre —comentó en voz baja—. Amanecieron todos muertos, incluso mi perro Sansón.

— ¿Piensas que hayan sido lobos? —preguntó el Padre Martin.

—Nada de eso; solo estaban sin vida, como si la misma muerte se hubiese paseado de noche por mi granja y se los hubiese llevado, sin derramar ni una gota de sangre, ni hacer el menor ruido —explicó Roland.

El párroco meditó en silencio un rato, pensando en lo que el granjero le contaba, la muerte del leñador y el remolino que se llevó a la esposa del otro vecino.

—Encontraremos una explicación para lo que está pasando —respondió el cura—. Y con la ayuda de Dios sabremos qué hacer.

—Amen, Padre —aceptó Roland—. Mientras, voy a pedir ayuda a los vecinos, para quemar los cadáveres de mis animales, para que la tierra no se contamine.

—Permíteme acompañarte —pidió el Reverendo Martin.

Al final de la tarde el humo oscuro y el olor a carne quemada hacían de la granja un lugar sombrío, desolado y triste, quedando sumida la familia de Roland en la ruina total, al perder todo su ganado.

—Si es que lo deseas, puedes ayudarme con mi granja, para la siembra de las semillas de trigo —ofreció Daniel a Roland—. No tengo dinero, pero podemos compartir harina y algunas de mis cosechas.

—Acepta —pidió la esposa del granjero, viendo una solución al problema de la alimentación de sus hijos.

—Está bien, pero solo hasta que pueda comprar algunos animales y empezar de nuevo —aceptó Roland.

—Por supuesto —contestó Daniel apretándole firme la mano en un gesto de amistad.

—Mañana los espero a todos temprano en la iglesia —indicó el reverendo cuando se retiró en su carreta a su capilla y casa.

...

Algo raro estaba pasando en el pueblo; la atmósfera se sentía tensa y el miedo entre los vecinos comenzaba a crecer.

El Padre Martin aguardaba a sus feligreses con una sonrisa, como todos los domingos. Los vecinos comenzaban a llegar y como siempre se reunían fuera de la capilla un rato para saludarse y aprovechar de intercambiar chismes y chistes.

La sorpresa remeció a todos los pueblerinos, cuando de un cielo completamente despejado y sin que nada lo presagiase, un relámpago cayó fulminante sobre la pequeña iglesia de madera, como todo el resto de las construcciones.

Ante la mirada incrédula de todos, la capilla comenzó a arder, mientras las mujeres se persignaban y los niños lloraban.

—Pronto, traigamos agua —dijo el primer hombre que se recuperó de la impresión.

Los esfuerzos frenéticos por apagar el incendio, acarreado baldes con agua fueron inútiles y a los pocos minutos la vieja capilla estaba reducida a cenizas humeantes.

—Esto es obra del demonio —dijo una mujer en medio de llantos.

—El pueblo está maldito —agregó un hombre.

—Dios nos ha abandonado —comentó otra mujer al borde de la histeria.

—Tranquilos, por favor conservemos la calma —pidió el alcalde—. Nos reuniremos en el ayuntamiento y trataremos de encontrar una explicación y en base a eso veremos qué hacer.

—Vamos, hermanos, el Señor Alcalde tiene razón —coincidió el reverendo.

...

El ayuntamiento estaba lleno hasta las murallas, con todos los habitantes del pueblo dentro del edificio; la bulla que en él había no permitía entenderse, con todos hablando al mismo tiempo.

—Silencio, por favor tratemos de hablar de a uno —pidió el alcalde casi a gritos, tocando una campanilla.

Después de unos minutos, todos obedecieron y guardaron silencio, para escuchar lo que las autoridades del pueblo tenían que decirles.

—Todos estamos enterados de los lamentables y extraños acontecimientos, que han estado estremeciendo nuestro pueblo y angustiando nuestros corazones —comenzó el alcalde.

—Todo es obra del demonio —dijo uno de los vecinos.

—No saquemos conclusiones apresuradas —pidió el médico sentado a la derecha del alcalde.

—Primero fue mi esposa, que se la llevó un tornado que desapareció enseguida —recordó Paul.

—Mi hijo era muy fuerte y ningún hombre habría podido hacerle lo que le hicieron —mencionó el padre del leñador desollado y colgado.

— ¿Cómo podríamos explicar la muerte de los animales de la noche a la mañana? —preguntó un hombre, en medio de un barullo en aumento, ya que todos estaban hablando al mismo tiempo nuevamente.

— ¿Y qué dicen del rayo que acaba de quemar la Casa de Dios? —preguntó un hombre alzando la voz sobre los demás—. No había ni una sola nube en el cielo. Si eso no es obra de Satanás, no sé qué lo será.

—Dios mora en el corazón de cada uno de sus hijos —observó el Párroco Martin—. Lo que fue destruido fue solo un objeto. Nuestra iglesia vive en nosotros.

—Así es, Reverendo, ¿pero qué otra explicación puede haber? —insistió el hombre.

—La verdad es que no veo ninguna explicación a esto —opinó el médico—. Revisé los animales de Roland y simplemente no deberían haber muerto.

— ¿Qué opina usted, Padre? —preguntó el alcalde.

—Los hechos son graves y en eso coincidimos todos —razonó el párroco. No veo ninguna explicación natural para lo que está pasando. Todos saben que yo no me dejo impresionar fácilmente, pero esta vez concuerdo con la mayoría — aceptó el Reverendo Martin—. Pero yo soy un simple párroco de pueblo.

—Propongo que acudamos a autoridades mayores —sugirió el alcalde.

—Coincido con usted —aceptó el párroco—. Sugiero que enviemos una carta al Señor Obispo, informando de la situación en que se encuentra nuestra comunidad. Él sabrá qué hacer.



...

Después de meditarlo por unos días y consultar con sus consejeros, el obispo concluyó que no importando lo pequeño e insignificante que pudiese ser un pueblo, su misión como pastor de los rebaños del Señor, era cuidarlos del pecado y la influencia de las huestes demoniacas; además, sabía que el mal se podía propagar como el fuego sobre la pólvora y eso no lo podía permitir.

El Padre Rossbel, aunque joven era el hombre indicado para encargarse en forma discreta de este delicado asunto. Si bien su aspecto no era el más ortodoxo, su devoción a Dios y su celo religioso era como el del más veterano de los sacerdotes. Su gran agudeza mental y su amplio conocimiento de la Biblia y de los antiguos y nuevos rituales de exorcismo, lo hacían un valioso miembro de la diócesis. Con un metro noventa; cabello largo y negro, ojos azules, piel bronceada y fuerte como un toro; daba más la impresión de ser un leñador que un siervo de Dios; pero el Señor Obispo siempre lo decía, cuando alguien le hacía algún comentario al respecto, "las apariencias engañan y misteriosos son los caminos de Dios".

—Por favor manténgame informado, Padre Rossbel —pidió el obispo al sacerdote.

—Así lo haré, Su Excelencia —respondió él— Y no se preocupe; con la gracia de Dios alejaré el mal que ataca a sus ciervos, porque el Señor es mi pastor y su luz me guiará.

...

El sol hacía poco que había despuntado y el pueblo comenzaba poco a poco a cobrar vida nuevamente, cuando el carruaje se detuvo frente al ayuntamiento. El alcalde, el médico y el Reverendo Martin se acercaron al carro cuando su puerta se abrió.

No era común que llegaran forasteros al pueblo y menos aún que fuera recibido por las autoridades, así es que los curiosos no tardaron en juntarse para ver quién era el misterioso visitante.

Cubierto con un abrigo negro descendió el hombre; alto, joven y fornido; con una maleta en una mano y varios libros gruesos amarrados con una correa en la otra.

—Padre Rossbel —saludó el párroco del pueblo—. Su Excelencia, el Señor Obispo, nos informó de su visita.

—Su Excelencia está muy preocupado por los fieles —comentó el recién llegado—. Y me ha enviado a intentar, con la ayuda de Nuestro Señor, detener los intentos del maligno por corromper el espíritu de los siervos de Dios.

—Llega en el momento más oportuno, Padre —saludó el médico.

—Cuenta con todo lo que necesite para realizar su santa labor —ofreció el alcalde servicialmente, al ver el distintivo del Santo Oficio de la Inquisición, junto a la cruz del sacerdote recién llegado.

—Muchísimas gracias —respondió el joven sacerdote—. No esperaba menos de la buena gente de este pueblo.

—Permítame ayudarle con los libros, Padre —se ofreció uno de los pobladores a llevárselos—. ¡Uff!, que pesados son. Por lo visto usted tiene mucha fuerza.

—Es la fuerza que da la fe en Nuestro Señor —contestó el sacerdote.

Más de una mujer suspiró al ver al joven religioso y algunas pensaron “lástima que sea un hombre de Dios”.

...

Elsa, la mayor de las hijas del médico del pueblo, con cumplidos dieciséis años, esa noche tuvo sueños demasiado sobrecogedores, al límite casi de una pesadilla. Soñó que se adentraba en el bosque y se encontraba casualmente con el Padre Rossbel; quien luego de conversar amablemente con ella, la abrazaba con fuerza y la besaba con verdadera ansia; aunque ella trató de resistirse, terminó cediendo a la pasión y a los deseos del sacerdote. Agitada, se despertó transpirando y con el corazón desbocado; hasta el más ligero roce de su piel le provocaba un electrizante hormigueo que la recorría de pies a cabeza.

...

—El pecado se ha acumulado en este pueblo —comentó el Padre Rossbel—. Esta es la razón por la que los demonios pueden realizar sus despreciables actos contra Dios en forma descarada.

—Pero esta es gente de fe —objetó el Reverendo Martin.

—El peor enemigo es el que se oculta frente a nuestros propios ojos y nos engaña con su aparente bondad —opinó el Padre Rossbel.

—Concuerdo con usted —aceptó el párroco.

—Bien, lo primero que se debe hacer es bendecir todo el pueblo, para fortalecer nuestro vínculo con Dios —indicó el sacerdote.

Todos los habitantes rezaban en la calle, mientras el recién llegado religioso recorría el pueblo, entonando cánticos cristianos y quemando incienso a su paso. Elsa no pudo evitar fijar la vista en la figura del joven inquisidor cuando éste pasó junto a ella; con fuerza, la muchacha cerró sus ojos y se concentró más en sus oraciones, para alejar de su mente esos pecaminosos pensamientos.

Justo cuando el sacerdote dobló en una esquina, una mujer comenzó a convulsionarse en el suelo, cuando él hizo el signo de la cruz frente a ella. Todos se alejaron temerosos de la mujer mientras su cuerpo se retorció.

— ¡Detengan a esa mujer! —ordenó con voz severa el sacerdote—. Es una bruja que ha rechazado la señal de la cruz.

— ¡No soy bruja! —gritaba la mujer mientras era amordazada y arrastrada al ayuntamiento.

— ¿Así que todos sus feligreses son devotos ciervos de Nuestro Dios? — preguntó furioso el Padre Rossbel al párroco del pueblo.

—No sé qué pensar —respondió el Reverendo Martin—. La vieja Laura nunca ha hecho daño a nadie. Es más, a veces ayudaba a preparar la capilla antes de la misa del domingo.

—Eso quiere decir que el enemigo está más cerca de lo que pensaba —agregó el inquisidor.

La gente estaba sorprendida y a la vez asustada por la existencia de una bruja entre los vecinos. Afortunadamente el santo Padre Rossbel estaba ahí para protegerlos.

Fuertemente amarrada a una silla, la vieja Laura estaba en presencia del alcalde, el doctor y el párroco del pueblo y también del joven sacerdote que lucía la atemorizante insignia de la Inquisición.

—Muy bien, bruja; confiesa que has entregado tu alma al diablo —ordenó el Padre Rossbel.

—Eso no es verdad —se defendió la mujer.

—Reconoce que Satanás y sus demonios son tus amantes —ordenó el inquisidor dándole una fuerte bofetada, que le partió un labio a Laura.

—Padre Martin, cuénteles que yo soy una buena cristiana —rogó la mujer.

El anciano reverendo solo bajó la vista en silencio cuando el inquisidor sacó una pinza de hierro de su maletín.

—Padre, espere —le pidió el médico.

—No interfiera con el deber del Santo Oficio, Doctor —advirtió amenazante el sacerdote.

Los gritos de dolor de la mujer se escuchaban hasta fuera del edificio del ayuntamiento, pero todo el mundo hacía como que no los escuchaba. Nadie en su sano juicio criticaría a un miembro de la Santa Inquisición.

Los ojos de la mujer se dilataron de golpe cuando el Padre Rossbel tomó un martillo y un grueso clavo de hierro.

—Así como Jesús se dejó clavar en la cruz para purificar los pecados del mundo, los clavos purificarán tus pecados —dijo el sacerdote levantando el martillo.

—Por favor no —gritó Laura—. Lo confieso todo; confieso que hice un pacto con el maligno.

— ¿Reconoces que eres una bruja? —preguntó el inquisidor.

—Sí, lo soy. Soy una bruja —aceptó la mujer para terminar con esa infame tortura.

—Ya la oyeron —dijo triunfante el Padre Rossbel—. La mujer acaba de confesar frente a todos nosotros su herejía.

—Así es —reconoció el Padre Martin.

—Pero el Santo Oficio es piadoso y la ayudará a purificar su alma —continuó el inquisidor—. El fuego de la hoguera limpiará todos sus pecados.

— ¡No, no! — gritó Laura—. Padre Martin no deje que me quemem —suplicó sin éxito la pobre mujer.

La pira fue armada en medio de la plaza y todos fueron concurridos, para que observaran la suerte que corrían quienes rechazaban a Dios y servían a su enemigo. La leña húmeda mojada con aceite prendió con lentitud, envolviendo el cuerpo de la infortunada mujer, que se retorció en medio de alaridos de dolor. El pueblo miraba en medio de susurros de incredulidad de algunos y acusaciones de otros; cuando el espectáculo macabro acabó todos se retiraron en silencio, con la frente baja y la mirada perdida. El Padre Rossbel contemplaba todo con una sonrisa y un aire de superioridad.

Esa noche Elsa despertó sobresaltada y con la respiración agitada; su cuerpo aun temblaba a causa del sueño, en el cual volvía a pecar con el joven inquisidor.

Con fuerza tomó una cruz y comenzó a rezar para alejar esos impropios pensamientos de su cabeza.

...

Josué se dio cuenta de lo frágil que era su forma de vida, cuando al salir a arar la tierra, descubrió que todas las siembras se habían quemado por la helada durante la noche; ni siquiera una pequeña semilla se salvó. Él estaba totalmente arruinado, sin ninguna forma de poder alimentar a su familia.

Randall aún no salía de su espanto cuando su esposa se le unió. Todas las ovejas y cabras estaban muertas.

El agua que regaba la granja de Reagan apestaba a podredumbre, así es que decidió ir a la granja de Morgan a averiguar qué la había contaminado. Aunque en un principio iba dispuesto a pelear con su vecino de ser necesario, su ánimo sufrió un brusco vuelco cuando lo encontró a él y a toda su familia, sin vida, crucificados cabeza abajo, en un claro acto de herejía.

— ¡Oh, por todos los Santos! —exclamó al ver tan horrible escena.

Sin pérdida de tiempo el granjero se dirigió a todo galope a dar aviso a las autoridades.

En el pueblo Randall y Josué estaban relatando al párroco lo ocurrido en sus granjas.

—Todas mis cabras y ovejas amanecieron muertas —contó Randall.

—La siembra completa se quemó por una helada anoche —relató Josué.

— ¡Padre, padre! —llegó gritando Reagan—. Ha ocurrido algo horrible.

— ¿Qué ocurre, hijo? —preguntó el Reverendo Martin.

—Es José y su familia— dijo con voz entrecortada el granjero.

— ¿Qué ocurre con ellos? —preguntó el médico.

—Están todos muertos —dijo Reagan persignándose—. Alguien los asesinó.

— ¡Vamos a ver! —ordenó el alcalde.

— ¿Estás seguro? —preguntó el médico.

—Sí, Doctor —afirmó Reagan—. Esta mañana noté que el agua olía muy mal, así es que fui a casa de mi vecino a ver si tenía el mismo problema. Cuando llegué los encontré a todos muertos, crucificados cabeza abajo. Vine en seguida a avisarles.

—Hiciste bien —apoyó el alcalde.

Cuando llegaron donde estaban los cadáveres, las moscas ya estaban dando cuenta de ellos.

— ¡Oh, por Dios! —exclamó el alcalde.

—Esto tiene que ser obra del demonio —opinó el Padre Martin.

— ¿Acaso lo duda? —preguntó el Padre Rossbel—. Pero el demonio no actúa solo; lo hace a través de sus secuaces.

—No puedo creer que sean miembros de nuestra comunidad —comentó el médico.

—El mal se oculta donde menos lo imaginamos —agregó el Padre Martin.

—El Señor Párroco tiene razón —afirmó el Padre Rossbel.

— ¿Qué podemos hacer? —preguntó el alcalde.

—El demonio no acepta razones —indicó el inquisidor—. Por lo tanto, debemos extremar nuestros esfuerzos y endurecer nuestros métodos.

De regreso en el pueblo, todos los habitantes fueron interrogados y examinados minuciosamente, buscando cualquier tipo de marca satánica. El padre Rossbel se había empeñado en encontrar a todos los ocultos seguidores del demonio.

Al cabo de horas de indagaciones y torturas, al final del día cuatro hogueras terminaban de consumir a cuatro servidores del maligno. Ahora nadie decía nada, el miedo tapaba las bocas; el miedo a los brujos... y al inquisidor.

...

Poco a poco los días comenzaban a hacerse más cortos y las noches más largas; las familias se disponían un poco antes para dormir. Rosa terminó de arropar a sus dos hijos y fue donde su marido, a tomar un poco de leche caliente para dormir mejor. El sueño pronto la hizo bostezar y junto a su esposo se fue al dormitorio para decir sus oraciones y acostarse.

El viento agitaba los árboles y movía las nubes, tapando ocasionalmente la luna. Rosa despertó sobresaltada por golpes que sacudían el techo.

— ¿Qué es eso? —preguntó a su marido.

—Parece como si alguien estuviera corriendo sobre el techo —opinó él.

Marcos trató de encender una vela, pero un viento que comenzó a soplar dentro de la casa no lo dejaba. Carreras cerca de ellos terminaron de asustarlos.

—Están dentro de la casa —observó Rosa—. Los niños, traigámoslos.

Rosa y Marcos fueron tomados de las manos a la pieza de sus hijos, ya que la oscuridad era total y se veía muy poco.

— ¡Mis hijos! —gritó ella cuando una sombra densa los envolvió y salió por la ventana llevándoselos con ella—. ¿Dónde se llevaron a mis niños?

—Voy a buscarlos —dijo decidido Marcos tomando un hacha.

—Yo voy contigo —dijo Rosa.

—Mejor quédate por si regresan —aconsejó él.

Al poco rato de que el padre de los niños saliera a buscarlos, se escuchó un alarido en medio de la noche. Rosa se persignó y como buena cristiana que era se arrodilló a rezar; esa era la mejor manera de ayudar a su esposo y a sus hijos.

La noche avanzaba muy despacio y Rosa deseaba ir por sus hijos y su marido, pero tenía mucho miedo. Finalmente, el gallo cantó y cuando hubo aclarado salió corriendo de la casa. Su grito de espanto se pudo oír a lo lejos; tirado en la tierra, con la vista perdida en el cielo, yacía lo que quedaba de Marcos; un cuerpo reseco, con la piel pegada a los huesos, como si se tratase solo de una envoltura. De los niños no había ningún rastro.

Unos vecinos encontraron a Rosa caminando sin rumbo, en silencio y con la mirada sin brillo. Sin saber cómo ayudarla, la llevaron hasta el pueblo para que la revisara el médico.

—Cada vez que quemamos un brujo ocurre algo horrible —comentó el médico.

—El demonio está desesperado y trata de aterrorizarnos —indicó el Padre Rossbel—. No debemos desfallecer ahora.

Esa noche el demonio del pecado y la lujuria volvió a atacar el espíritu de Elsa. El temblor de su cuerpo y la respiración agitada la hicieron despertar; el recuerdo del sueño en que el Padre Rossbel y varios hombres más la tomaban, la hacía temblar aun despierta y traspasar copiosamente. Agotada se volvió a dormir para soñar esta vez que un demonio se metía en su cama; lo que, en lugar de asustarla, le produjo un indescriptible placer, como jamás antes había sentido.

A la mañana siguiente la muchacha se sentía muy cansada y asustada, pero a la vez deseosa de volver a soñar. Sabía que el solo pensar en eso era suficiente para condenar su alma por toda la eternidad en el infierno, pero aun así el deseo era demasiado intenso. Las oraciones fortalecían su espíritu, pero esos sueños hacían vibrar su cuerpo y la hacían sentirse por primera vez viva de verdad. También sabía que el Padre Rossbel era un hombre santo; que había consagrado su vida al servicio del Señor y que jamás la tocaría como en sus pecaminosos e impuros sueños, que seguramente debían ser estimulados por Satanás.

...

—Es necesario que actuemos con fuerza contra el malvado —indicó el Padre Rossbel.

— ¿A qué se refiere, Padre? —preguntó el Reverendo Martin.

—Realizaremos un exorcismo al pueblo entero —decidió el sacerdote.

—Pero necesitamos pedir la autorización del Señor Obispo —recordó el párroco.

—El Señor Obispo me ha investido de todos los atributos necesarios para expulsar el mal de este pueblo —indicó el Padre Rossbel—. Además, como miembro de la Santa Inquisición tengo la autoridad suficiente para tomar este tipo de decisiones.

—En ese caso estoy a su disposición para ayudarle en lo que necesite, Su Señoría —aceptó el párroco.

—Ha comprendido en forma correcta, Padre Martin —concluyó el inquisidor.

— ¿Qué necesita que hagamos nosotros? —preguntó el alcalde.

—Instruyan a todos los vecinos para que se encierren en sus casas y recen con toda su fe a Nuestro Señor —indicó el Padre Rossbel.

...



Al otro día todos los habitantes se habían resguardado en sus respectivas moradas; con todos rezando, se escuchaba un suave y monótono murmullo en todo el pueblo.

El Padre Martin llenaba el aire de incienso, mientras junto a él, el Padre Rossbel, vistiendo un traje negro con la capucha alta y guantes negros, avanzaba con una Biblia en la mano, recitando las oraciones del Rito.

—“Dios se levanta; sus enemigos son desbandados y esos que lo odian, huyen ante él”.

—“Como el humo es expulsado, ellos son expulsados; como la cera se derrite ante el fuego, también los malvados perecen ante la presencia de Dios”.

Mientras los sacerdotes avanzaban y recitaban las oraciones, todas las ventanas y puertas del pueblo se abrían y cerraban de golpe.

—“Contemplad la Cruz del Señor, huyan las bandas de enemigos. Él ha conquistado”.

—“Permite que tu misericordia, Señor, descienda sobre nosotros. En proporción a nuestra esperanza y fe en ti”.

Un fuerte viento comenzó a soplar, cuyo rugido no dejaba escuchar la voz casi del Padre Rossbel, el que prácticamente tenía que gritar para hacerse oír.

—“Te expulsamos de nosotros, quienquiera que sean, espíritus sucios, todos los poderes satánicos, todos los invasores infernales, todas las legiones malvadas, asambleas y sectas; en el nombre y por el poder de Nuestro Señor Jesucristo, que sean extirpados y sacados de entre el pueblo de Dios y de sus almas hechas a la imagen y semejanza de Dios y redimidas por la preciosa sangre del Divino Cordero. Astuta criatura, no te atreverás más a engañar a la raza humana, perseguir y atormentar a los elegidos de Dios”.

El viento se volvió gélido y mal oliente y decenas de sombras volaban por todos lados.

—“Dios Padre te ordena. Dios Hijo te ordena. Dios Espíritu Santo te ordena. Cristo te ordena. La sagrada señal de La Cruz te ordena”.

Las tablas de las casas comenzaron a temblar, amenazando con venirse abajo.

—“Maldito dragón y ustedes legiones diabólicas, ordenamos por Dios Santo, deja de engañar a las criaturas humanas y derramar sobre este pueblo el veneno de la condenación eterna. Vete Satanás, inventor y maestro de todas las mentiras, enemigo de la salvación del hombre”.

Un rayo cayó sobre un árbol, haciéndolo arder con estrépito.

—“Rebájate por debajo de la poderosa mano de Dios, tiembla y huye cuando invoquemos el poderosísimo nombre de Jesús”.

Una sombra rodeó a Elsa y la envolvió en sí, llevándosela por los aires en medio de los gritos de terror de su madre.

—“Oh, Señor, oye mi oración. Permite que mi plegaria llegue hasta ti”.

Varias sombras se lanzaron sobre el Reverendo Martin y lo arrastraron sacándolo del pueblo.

—“De las trampas del Diablo, libéranos, oh Señor” —continuó el Padre Rossbel.

—“Que aplastes a todos los enemigos de tu pueblo, te rogamos que nos oigas, Señor. Amén”.

El viento dejó de soplar tan rápido como había empezado. Las puertas y ventanas de las casas del pueblo quedaron abiertas, pero ya no las batía nada.

La gente poco a poco comenzó a salir de sus viviendas, aun algo asustadas por tan increíble experiencia y por el milagro llevado a cabo por el Padre Rossbel.

—Esto ha sido lo más espantoso que he vivido —opinó el alcalde.

— ¿Y el Padre Martin? —preguntó el médico al no ver a párroco junto al inquisidor.

—Los demonios se han llevado a nuestra Elsa —llegó gritando la esposa del doctor.

—Las legiones del mal se han atrevido a arrebatarnos a ese santo siervo de Dios —contó el Padre Rossbel—. Pero con la ayuda de Jesús lo rescataré a él y a su hija de las garras del maligno, Doctor.

—Sería una gran lástima perder a nuestro querido párroco —comentó el alcalde.

—Dios no lo permitirá —respondió el inquisidor.

...

La noche había caído cuando el Padre Martin abrió los ojos de nuevo. Con incredulidad comprobó que se encontraba atado a una cruz, parado sobre un montón de ramas secas.

—“Aunque pase por el valle de sombras de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estás conmigo” —rezó el sacerdote.

Elsa, vestida solo con una túnica roja, era afirmada por varios hombres vestidos con túnicas negras; obligándola a ver el Padre Martin mientras era azotado con un látigo.

A todo galope un caballo cruzó por un sendero del bosque, deteniéndose en el lugar donde se celebraba la ceremonia consagrada a Lucifer.

—“Cristo ha declarado que las fuerzas del infierno no triunfarán contra él, porque él residirá en su pueblo” —dijo severo el Padre Rossbel descendiendo ágilmente de su caballo y mostrando sus musculosos brazos desnudos sin su túnica.

—Padre Rossbel —dijo esperanzado el Padre Martin al verlo llegar.

—“La sagrada señal de La Cruz te ordena, como también lo hace el poder de los misterios de la fe cristiana” —continuó el inquisidor.

Todos los participantes del aquelarre cayeron de rodillas ante sus palabras.

—“La gloriosa Madre de Dios. La Virgen María te ordena —dijo empuñando la cruz—. “Ella quien por su humildad y desde el primer momento de su inmaculada concepción, aplastó tu orgullosa cabeza”.

Los encapuchados estaban todos postrados sin decir nada.

—Inmaculada Concepción —continuó sin detenerse el Padre Rossbel.

—Pero qué manera más aburrida de perder el tiempo —dijo el inquisidor, arrojando despectivamente la cruz al suelo y soltando una burlona risa.

— ¿Padre Rossbel qué está haciendo? —preguntó sorprendido el Reverendo Martin—. Resista al demonio.

— ¿Aún no ha aprendido en su larga vida, que las criaturas humanas siempre serán engañadas por nosotros? —preguntó Rossbel encendiendo una rama solo con tomarla entre sus dedos y arrojándola sobre la pira donde se encontraba parado el párroco.

Las llamas rápidamente hicieron arder las ramas secas, envolviendo al sacerdote en medio de sus gritos.

La ropa de Rossbel fue tocada por las llamas prendiéndola, pero no pareciendo consumirla ni provocarle daño a él. Con una mirada de satisfacción miró a Elsa, cuya túnica cayó al suelo ante un movimiento de su mano.

Los participantes del ritual rodearon habidos a la joven; tocándola todos al mismo tiempo y por todo su cuerpo, arrancando un grito de placer de su garganta. Después de un rato de deleitarse con ella, todos se alejaron, dejándola exhausta y deseosa en medio de un círculo. Rossbel se acercó lentamente a ella y la envolvió con su fuego en medio de las carcajadas de todos y la respiración agitada de ella, mientras la cruz en llamas del Padre Martin iluminaba el claro en el bosque.